

Ante la presencia ya bien localizada de las claves para autenticar la vida —el sentido de la vida humana, el sentido de las realidades humanas, la inseparable vinculación de ambas y la necesidad de elegir lo que realmente corresponda a este sentido de la vida humana—, ahora San Ignacio toca el nervio vital para que esto sea posible. Dice en su *Principio y Fundamento* que «debemos usar tanto cuanto elegir constantemente en la vida», en la opción fundamental las elecciones que constantemente debemos hacer. Y dice: «por lo cual es menester hacernos indiferentes a todo lo creado», es decir, a todo lo que no es el absoluto de nuestra vida, «en todo lo que es concedido a nuestro libre albedrío». Aquí nos encontramos, ciertamente, con un regalo muy grande que nos hace Ignacio: en cuanto a entender, no hay complicaciones, añadiduras, no hay medios que poner para esto y para lo otro, sino únicamente poner el dedo en la llaga, en la llaga de nuestra existencia. Y a esa llaga Ignacio la llama *indiferencia*, hacernos indiferentes. ¿Qué trascendencia le da San Ignacio a hacernos indiferentes? *Conseguir la libertad de nuestros deseos*, que son lo que nos mueven en un sentido o en otro, o en el sentido de la verdad de nuestra vida o en el sentido equivocado de nuestra vida.

Los autores budistas hablan del deseo engañado que surge en la vida humana; Santo Tomás de Aquino habla del apetito desorientado que nos mueve frecuentemente; San Ignacio habla de afecto desordenado. Para ordenar la vida, San Ignacio dice: «hay que vencerse a sí mismo». ¿En qué ha de estar el vencimiento? No está en cosas, en practicas penitenciales que pueden ser buenas, sino en no determinarse por ningún deseo desordenado que me desoriente, que me desvíe del centro vital de mi vida, del sentido de mi vida.

Para San Ignacio, ¿qué trascendencia tiene esto? Sencillamente abrimos a esa presencia activa de Dios, que está en nosotros y que está llamando. Ya nos han recordado ese texto fundamental del Apocalipsis a una comunidad tibia a la que habla Jesús: «estoy a la puerta llamando» (Ap 3, 20). Ahí está siempre el Señor, en la puerta de la libertad. «El que me oye y me abre... entraré y cenaremos juntos»: hará esa experiencia personal de Dios. Pero hay que escuchar primero el llamamiento y, después, abrir libremente. Ahí está todo el discernimiento de que tanto se habla y que está en la entraña misma de la fe cristiana.

Si se liberan los afectos desordenados que urgen, presionan constantemente en la vida, ¿qué va a pasar en la persona? Schillebeeckx hace una pregunta: ¿en qué se va convirtiendo una persona que se deja tocar por Dios? ¿En que viene a parar? Para San Ignacio la respuesta es que esta liberación profunda que hace posible la auténtica experiencia de lo que Dios está queriendo hacer, manifestar, es la capacidad de renovación personal y de renovación social, sociopersonal, que trae consigo esta actitud. Porque dejar entrar a Dios fue la experiencia que a San Ignacio le dejó un Dios siempre mayor. El *Principio y Fundamento* termina: «solamente deseando y eligiendo lo que más conduce (...) a la mayor gloria de Dios». ¿Qué significa esto? Que se abre el camino al descubrimiento de una zona profunda en la que va apareciendo la voluntad de Dios indefinida, creciente; es decir, que entraña esta indiferencia el crecimiento en todos los órdenes de la vida. Evita el anquilosamiento, la instalación, la anestesia de la vida. Impide que la vida se convierta en repetición de algo sabido, de algo conocido. Cuando, como decíamos ayer, San Ignacio tiene esta experiencia respecto de la voluntad de Dios, ¿qué viraje le da al criterio normal que se tenía en aquella espiritualidad? Entonces el criterio era que había que cumplir la voluntad de Dios, conocida por diversos conductos (la ley, la autoridad, la palabra de Dios, la meditación, etc.). Pero cuando tiene esta experiencia San Ignacio, ¿qué dice? No simplemente cumplir, hay que buscar y hallar voluntades de Dios desconocidas en la misma ley, en la autoridad y en la misma palabra de Dios que meditamos y reflexionamos. Se abre un campo enorme en que Dios se va manifestando más y más, de una manera creciente, dinámica. Es el renacer, que decíamos hoy. Es un

completo renacer que rompe lo sabido, que rompe tradiciones correctas (pero quizá pasadas y conocidas) y que descubre nuevas llamadas, nuevos crecimientos. Si uno recorre un poco la trayectoria de San Ignacio, descubre qué significa esto: Ignacio se convierte, y no tiene otra forma de responder a Dios que apartarse del mundo, hacer penitencias e imitar a los santos como los modelos que había conocido en Loyola. Cuando Dios entra *como un maestro de escuela* en San Ignacio, ¿qué pasa? Que de esa primera opción correcta le va a llevar a otra opción, a una opción de retornar al mundo: la clave de la vida no son los santos, que nos podrán ayudar; la clave de la vida es Jesús de Nazaret. Y por eso viene un cambio trascendental y comienza a descubrir otras formas de unirse con Dios, a renunciar a horas de oración y penitencias, a reducir penitencias, porque ve que la exigencia le va a pedir otra manera de vivir respondiendo a Dios.

San Ignacio está fascinado por ir a Jerusalén, y si es posible vivir y morir allí. Incluso cuando reúne a los primeros compañeros aún hará este voto. Pero Dios le va hacer ver que no es Jerusalén su destino. Y esta búsqueda la está haciendo con toda la sinceridad y verdad de su respuesta a Dios, pero Dios le hace ver que va más allá, que no está hecho para un reducido lugar, sino para el mundo entero; que si sueña en Jerusalén, se va a despertar en Roma para ponerse a las ordenes del vicario de Cristo para todo el mundo. Cuando funda la Compañía de Jesús, su primera intención es vivir en una misión discurriendo por el mundo entero, no detenerse más de tres meses en ningún lugar, porque se deben a todo el mundo. Pero de ahí va a descubrir también que es posible buscar la mayor gloria de Dios en la estabilidad, no sólo en la movilidad, y así se fundan casas, colegios, universidades, porque descubre que hay otras posibilidades. Y así efectúa tantas modificaciones desde el estar abierto a Dios. Y eso pasa en toda vida. Pero ¿a qué se debe? A dejar libre a Dios, a no estar atado a nada que le retenga ni ideológicamente ni localmente ni activamente ni relacionalmente, no absolutizar lo que no es Dios; a dejar sitio al Otro, a Dios. De ahí el salir de sí mismo, el descentrarse. Y así viene el que con esa disponibilidad, esa libertad para servir a Dios en los demás, es como la indiferencia la va aplicar Ignacio, no sólo en lo personal, sino en el ámbito social.

Esta libertad, desde que va entrando en la sociedad humana y se va encontrando con diversas fuerzas, poderes, movimientos o dimensiones de la sociedad, va a tener muchísimo cuidado con no identificarse con ninguna de esas fuerzas, sino de estar libre y disponible para ver qué es lo que más puede servir a esa sociedad. Y por eso, la capacidad de renovación personal y social que esto llevó consigo, y llevará consigo a todo el que lo viva, ciertamente es impensable. Así, cuantísimos movimientos y realidades están surgiendo en el mundo que nacen de esta experiencia de Dios, que no nacen de ninguna autoridad, ni siquiera de la Iglesia. Nuestras vocaciones, nuestras familias religiosas o nuestras familias no han nacido de ninguna autoridad, nuestra vocación personal no ha nacido de ninguna autoridad; ha nacido de descubrir que Dios me llama a lo que creo que es su voluntad. Esto es lo que lleva consigo la indiferencia. Y San Ignacio llegó a captar tan profundamente adónde lleva esta liberación, que llegó a descubrir la posibilidad de criticar aún una voluntad de Dios conocida y de preguntarse si esa voluntad de Dios que estaba viviendo era de mayor gloria de Dios o no, si no hay otra que sea de mayor gloria de Dios que la que uno está viviendo como acción de Dios. Hay que profundizar lo que significa ese *a mayor gloria de Dios*, esta capacidad de poder discernir la deliberación de cosa no malas, ni aun buenas, sino sencillamente la capacidad de discernir la misma voluntad de Dios (que puede ser mayor otra, que hay que renunciar a ésta). Ésta es la riqueza, la fecundidad de vitalidad, de crecimiento, de apertura que lleva consigo la indiferencia.

Y, como digo, en el plano social tuvo trascendencia enorme esta liberación que nos dejará móviles y disponibles dentro de todas las presiones que pueda haber para responder auténticamente. Es la *liberación del deseo*: aquí está la clave.

Se ha dicho: «San Ignacio quiere alguien que desee»; sin ese deseo no funcionarían los Ejercicios. Y alguien que desee lo absoluto de su vida, el sentido de su vida, y en función de esto el saber qué optar, qué dejar. Se ha dicho que la generación actual padece un déficit de *plasticidad de deseo*, es decir, un querer fundante, que no fragua sólidamente, en general. Un querer fundante, es decir, el que da fuerza como principio motor y logra la tarea de reorganizar, de recrear la vida en todos los

órdenes.

El procedimiento de San Ignacio implica alguien que desee, alguien en búsqueda de qué decisión tomar, desde ese deseo de responder al absoluto de la vida; y se orienta desde ya a darle los medios para que pueda dominar esos deseos. Le conduce desde un punto de partida hasta un lugar donde hallar la mayor verdad, pero no le dice la historia de este viaje hacia esa mayor verdad. Como dice un poeta, el poeta Rosales: «De noche iremos,/ de noche iremos sin luna,/ que para encontrar la fuente/ sólo la sed nos alumbra». *Para encontrar la fuente sólo la sed (el deseo) nos alumbra*. Así la indiferencia, la liberación de todo deseo desordenado. ¿Qué significa esto? Zubiri tiene una definición del *hombre exquisito*: es aquel que puede prescindir de todo, pero a quien nada es indiferente. Es decir, es capaz de prescindir de lo que no es indiferente para él, de lo que le atrae, de lo que es lícito.

Esto es lo que Ignacio aquí nos plantea: vencerse a sí mismo es vencer afectos desordenados. Esto se considera como una antropología ignaciana, una manera de entender a la persona humana y a su libertad, en la cual el afecto desordenado juega un papel importante para desequilibrar esa triple relación Dios-Mundo-nosotros. Los afectos desordenados nos desequilibran en esta triple relación. Estos afectos desordenados no sólo provienen de la esfera interior de la persona, de los instintos de poder, de los deseos de apropiación... sino que residen también en factores sociales, en ideologías, prejuicios, valores sociales. Para Marx, la búsqueda de la voluntad de Dios era fuente de la alienación humana, para él y para todos los maestros de la sospecha (Nietzsche, Freud) la religión era alienante del ser auténtico de la persona. Para San Ignacio la alienación humana, la no libertad plena, es el obstáculo para conocer y cumplir qué quiere Dios.

Y a pesar de concepciones tan radicalmente opuestas sobre el significado de la liberación humana, el estudio de la alienación en Marx ilumina el tipo de alienación social que hemos de superar para encontrar la voluntad de Dios. Desde esa perspectiva cobran particular interés los desórdenes sociales que denuncia Marx y que asume San Ignacio, como son el vano honor del mundo, la riqueza, el poder mundano. Son éstas categorías que nacen en la vida de la persona en sociedad y que perturban la captación de lo que Dios quiere en nosotros, como personas y como grupo social. Y eso en todo grupo, en el convivir es donde surgen estos desórdenes de tipo social. De aquí la actualidad de la espiritualidad ignaciana y la contribución que puede ofrecer en un proceso histórico tan difícil y desafiante como el que nos toca vivir.

Han acusado a San Ignacio de crear una compañía militar para la lucha contra el luteranismo. San Ignacio ni siquiera cita a Lutero en toda su vida más que una vez. Y está bien ajeno, en este sentido por lo menos, cuando sueña en ir a Jerusalén, de lo que está pasando. La lucha que plantea Ignacio está en el corazón humano: ahí es donde se libra esta batalla decisiva para el bienestar o malestar personal y social. Ignacio no combate contra nadie, sino contra lo peor de nosotros mismos. La batalla se libra en el centro vital que llamamos afectividad, en el mundo interior, en el conjunto de intenciones, deseos, opciones... en el amor, el deseo que mueve. Por eso esto es de la revelación, la revelación ha puesto el dedo aquí.

Ya en los Proverbios, 4, 23, se dice: «por encima de todo guarda tu corazón, porque de él brota la vida»; Jer 17, 9-10: «nada más falso y enconado que el corazón. Quién lo entenderá. Yo, el Señor, penetro el corazón, sondeo las entrañas para pagar al hombre su conducta lo que merecen sus obras». Y sobre todo Jesús: ¿dónde ha puesto todo el caos que surge en la sociedad humana?: Mc 7, 21-23, «lo que sale del hombre es lo que contamina al hombre. De hecho, del corazón del hombre salen los malos pensamientos, fornicaciones...». Ahí está toda esa larga lista que cita Jesús para hacer ver qué es lo que deshace, desordena y echa a perder la Buena Noticia que Dios quiere para nosotros. Erich Fromm escribió: «por primera vez en la historia, la supervivencia física de la especie humana depende de un cambio radical del corazón humano». Todos los progresos que vamos teniendo están convirtiéndose en amenazas destructivas para el ser humano. Y eso depende del corazón humano.

Hugo Rahner dice: «los grandes hechos de la historia comienzan siempre en el centro silencioso del corazón humano». En definitiva, ¿qué es esta liberación? La que nos dijo Jesús: «dichosos los limpios de corazón, ellos verán a Dios», ellos experimentarán a Dios. Y por eso el secretario de San Ignacio

dice: «cuando ya el propio corazón así ha cambiado con la gracia de Dios, cómo maravillarse si luego en nuestra obra exterior se producen cambios». El P. Arrupe dijo: «todos somos administradores del planeta Tierra, un planeta que necesita curación. Nuestro deber de curar heridas está en proporción con los talentos que Dios nos ha dado. Mucho se espera de aquellos cuyas heridas han sentido el suave toque de su misericordia. Pero la curación será superficial si no se exploran y eliminan en lo posible las causas de la infección. Es el corazón humano el que antes que nada necesita curación. Sólo por medio del cambio interior, la conversión, podrá el hombre curarse y, una vez curado, sentirse empujado a volverse a la compasión a un planeta que necesita curación».

El Vaticano II en la *Gaudium et Spes*, 9-10, dice: «el mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor, pues tiene abierto el camino para optar entre la libertad y la esclavitud, entre el progreso y el retroceso, entre la fraternidad y el odio. El hombre sabe muy bien que está en su mano el elegir correctamente las fuerzas que él ha desencadenado y que pueden aplastarlo o salvarlo. Por ello se interroga a sí mismo. [Y termina] En realidad los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interés interior del hombre». Y de ahí que San Ignacio, en algunas máximas que resultaron muy repetidas, diera más importancia a la mortificación de las pasiones que al mismo ejercicio de la oración: «más mortificación de honra que de carne, más mortificación de afectos que oración», porque estaba convencido de que esta relación de uno con Dios iba a liberar las deformaciones que han entrado en la concepción misma de la fe cristiana y de la respuesta a esa fe. Si esa imagen de Dios no coincide con el Dios vinculado inseparablemente en la encarnación a la vida humana, hay que liberarla. Si la imagen que se tiene de Dios es la imagen de un Dios exigente, justiciero, moralista, hay que liberar a ese Dios. Y, sobre todo, si se han absolutizado los medios que se ponen como práctica de la fe, si se ha absolutizado un sacramento, desvinculado, claro está, en la práctica de Dios; si se ha desvinculado la relación de Dios con la totalidad de esa relación en la vida humana; si se han absolutizado prácticas determinadas, lugares determinados, tiempos determinados; si a Dios se le ha vuelto a instalar en un ámbito sagrado, en un lugar sagrado, en una práctica sagrada, se le ha reducido, digo, a ese Dios hay que liberarlo. Y esta indiferencia también entra aquí en una revisión profunda de nuestra fe.

Se dice de San Francisco de Asís que, estando semidormido, oyó decir: «¿Francisco, ¿a quién es mejor servir, al amo o al criado?». Él contestó: “sin duda alguna es mejor servir al amo”. Y la voz siguió: “¿Por qué, entonces, conviertes en amo al criado?”. Su corazón se iluminó con una nueva luz, como la de un rayo del cielo, y dijo como Pablo: “Señor, ¿qué quieres que haga?”. Y la voz ordenó: “vuelve al lugar de tu nacimiento, allí te diré qué has de hacer”. *Vuelve al origen de todo tu ser.*

En definitiva, pues, San Ignacio, en este proceso de autenticar la vida, nos hace sentir que la libertad para elegir está en el corazón de los Ejercicios. Y nos descubre lúcidamente la naturaleza de la libertad y lo que lleva consigo la libertad.

Lo primero que nos da a entender, no teóricamente, sino en la realidad, es que la libertad no puede confundirse con las elecciones particulares que vamos haciendo, porque entonces sería algo indeterminado, que sólo se determina cuando tiene que optar. Y esto no puede ser así, porque la libertad entraña un poder absoluto, es decir, el poder de ser totalmente libre: en cada acto que se haga, en cada decisión que se tome quiere ser totalmente libre, por el poder absoluto que tiene la libertad en sí.

Y la libertad entraña también un segundo aspecto importantísimo: lo absoluto del juicio, es decir, la razón por la que realiza la libertad, por la que opta, por la que descarga ese poder absoluto al hacer una opción; esto es, por qué yo opto, por qué descargo yo aquí toda la totalidad de la libertad que ésta lleva consigo. La adhesión, al ser una opción en la cual consiste el acto de la libertad, pone en ejercicio ese poder absoluto de ser libre. Y eso quiere decir que en cada opción lo primero que elige la libertad es ser libre, no optar esto o lo otro, sino al optar por algo, ser totalmente libre. Y naturalmente lo hace para realizarse, como entiende que se realiza con la actualización de la totalidad de esa libertad.

La libertad implica una justificación absoluta, es decir, cualquier acto de libertad en que descargo

todo ese poder absoluto debe responder a la pregunta *¿por qué opto yo aquí?* Esto acompaña a toda elección. Y esto es lo que San Ignacio nos hace sentir en este *Principio y Fundamento* que acabamos de recordar: ante todo es la libertad de elección adonde San Ignacio nos quiere orientar, lo que nos quiere hacer comprender, la auténtica libertad de elección. Y esto se desprende cuando nos dice que sólo deseemos y elijamos lo que más nos conduce al fin. Nos hace ver que la justificación de esa libertad tiene que responder a la pregunta *quién soy yo* para poder descargar toda la libertad en una opción que tomo. *Quién soy yo*.

Y San Ignacio comienza por decirnos *quién soy yo*, y nos hace ver que yo soy no un ser independiente, que puedo optar como me dé la gana para poder descargar la libertad en cualquier opción que a mí me plazca y me ayude... sino que tiene que ser una opción que responda a mi ser dependiente de Dios, de hijo de Dios, a mi filiación con Dios. Eso es lo que significa liberar esta libertad haciendo que no entre ninguna otra motivación que prescindiera de la motivación fundamental que responda a la verdad de la libertad.

Esto es lo que desarrollará a través del proceso de los Ejercicios: sondear y hacer unas radiografías tremendas del funcionamiento de estas motivaciones, que tienden tantas veces a engañarnos, a desorientarnos, como dirá cuando surge el drama a la hora de optar, el drama de que entran otras motivaciones que no responden a esa voluntad de Dios. Éste es, en conjunto, este *Principio y Fundamento* que es la base para todo el proceso de los Ejercicios y quiere ayudar a realizar esto; y realizarlo liberándonos de todo lo que nos impide, nos ata, nos desorienta en el ser auténticamente en nuestra vida concreta.

Termino como resumen del *Principio y Fundamento*, con un artículo de Karl Rahner titulado «Espiritualidad antigua y actual», que publicó en 1965. Ese artículo dio vuelta al mundo entero porque impactó grandemente en todos los sectores interesados en la espiritualidad cristiana. Se pregunta en ese artículo por las características que tendrá que tener una espiritualidad válida para nuestro tiempo. La primera característica: «cabría decir que el cristiano del futuro será un místico, es decir, una persona que ha experimentado algo, o no será cristiano, porque la espiritualidad del futuro no se apoyará en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente generalizado [que ayude a la fe cristiana] previos a la experiencia y a la decisión personal». Es decir, esto no va a servir ya en esta sociedad. Y, de ahí, la necesidad que la fe tendrá que ser una realidad experimentada. «Desde 1965 [dice un comentarista] hacia acá, la razón en la que fundamenta Rahner esta primera característica de la espiritualidad moderna no ha hecho más que crecer. Quién podrá dudar hoy de su importancia», dada la desaparición de rasgos de trascendencia en la vida pública moderna y el derrumbe de todo el aparato religioso que ha podido sustentar esa fe en el pasado.

Segunda característica: «la vida temporal humana y el servicio al mundo deberán vivirse como espiritualidad [es decir como relación con Dios]. Lo libremente humano ha de ser concebido por la espiritualidad del futuro como un elemento interno de esa espiritualidad». Es decir, que mi relación con Dios entraña vivir lo libremente humano de relaciones, etc. ¿Por qué me parece que tal vez hemos aceptado con más gusto y dado más pasos en la primera de estas características que en la segunda (es decir, en la experiencia de Dios más que en la relación humana con esa experiencia de Dios)? ¿Estamos quizá unilateralmente entrenados para encontrar a Dios en algunos de los sacramentos y no en otros (por ejemplo, en el sacramento del compromiso con los demás)? ¿Por qué habría de ser la oración, por poner un ejemplo de los primeros, un medio divino de mayor calidad y densidad que el servicio a Dios en alguno de sus hijos e hijas especialmente abandonados? En tiempos de un cierto reflujo unilateral al encuentro con Dios en la intimidad, esta segunda característica necesita ser reflatada, recuperada. Hemos dicho ya que Dios se relaciona en lo ancho, largo y profundo de la vida humana. Por eso, facilísimamente nos hemos hecho unilaterales en nuestra relación con Dios. Y otra razón que también puede ser, lo digo por mi cuenta, es que nos hemos educado en nuestra relación con Dios en signos fijos —el agua, la eucaristía, algo concreto, fijo—, y no en signos móviles de la vida, en la que se expresa realmente esta relación de Dios con nosotros y nuestra con Dios.

Tercera característica: «la espiritualidad del futuro necesita una tercera característica, sin la cual

las dos anteriores pecarían de idealistas: la nueva ascética de los límites que uno ha de imponerse a sí mismo, que tiene el carácter no de lo extraordinario y adicional de la libertad responsable ante el deber, que sólo puede ser practicada en todos los ámbitos de la vida humana por quien está abierto a Dios; y por ello, capaz de aceptar previamente una renuncia, diciendo con ello un sí al Dios del futuro absoluto». Es decir, lo que decíamos de la indiferencia: por la libertad responsable ante este nuestro sentido de la vida, ante nuestra relación con Dios, por estar abierto a ese Dios, tenemos que ser capaces de aceptar las renunciaciones que conlleva la respuesta a Dios, la entrega a Él.

Esta triple propuesta de Rahner conserva toda su vigencia 30 años después de haber sido pensada. Y la seguirá teniendo en todos los tiempos, pero quizá en los actuales de una manera especial, sobre todo por la vinculación que expresa de esta espiritualidad cristiana junto a la experiencia de Dios con la experiencia de Dios en contacto con la realidad secular humana de servicio al mundo.

Esto es lo que puede recoger lo que hemos visto como base para el proceso, aunque sea corto, de estos días, en los que los Ejercicios nos lleven a vivir y a crecer en estas claves en las que San Ignacio, con tanta precisión, sin ninguna confusión, nos propone. Las claves no son medios, ni cosas, sino actitudes que hay que tomar. Actitudes fundamentales ante Dios, ante los demás y ante la libertad que ha de realizar este proyecto de Dios.